# LA CALETA GRAU Y EL ARRECIFE DOLORES

Capitán de Fragata
Fernando Peñaranda M.

*Cuando salimos del puerto del Callao hacia este Continente Blanco, realizamos una travesía obligada por el sur peruano y gran parte de la costa de Chile, pasándolos y deteniéndonos a la cuadra de Punta Angamos, con la finalidad de honrar la memoria de nuestro Almirante Miguel Grau y la valerosa tripulación del* Huáscar.

Ya internándose la expedición en los canales interiores chilenos, fuimos descubriendo accidentes geográficos que hacen de la navegación allí una mixtura de belleza y cuidados extremos a tenerse en cuenta.

En el discurrir de los días nos dimos con la sorpresa de encontrar los nombres de dos personajes ligados entre sí por una romántica historia y, a la vez, por la enaltecedora transmisión de valores que legaron a las futuras generaciones. Me refiero al Gran Almirante Miguel Grau y a su esposa, doña Dolores Cabero de Grau.

Si a estos dos personajes los encontramos unidos en la eternidad del tiempo, también los encontramos enlazados en la inmensidad del espacio, pues al pasar por la Angostura Inglesa, importante paso marítimo para los navegantes, y al dejar más al sur el famoso Puerto Edén, conocido por sus centellas, aparecen –navegando nosotros de norte a sur-, por nuestra banda de estribor, la Caleta Grau y el Arrecife Dolores, unidos como antes, como hoy y como será siempre.

Los recuerdos y la nostalgia, la impotencia y la gravedad del pensamiento, nos hacen deducir que tiene que haber un gran desprendimiento de generosidad de alguien para la continuidad de esta historia y, en efecto, así fue.

A principios del año 1879, el ministro de Marina chileno comisionó al comandante de la corbeta *Chacabuco*, don Oscar Viel, para efectuar el reconocimiento de los canales patagónicos. Esta fue suspendida por el inicio de la Guerra del Pacifico,

siendo reasignado, con su unidad, a la flota en espera de órdenes. Miguel Grau, en una de las cartas que le escribe a su esposa Dolores Cabero, le hace mención sobre la remota pero no deseada posibilidad de enfrentarse con este oficial chileno, hidrógrafo que llegó a ser Comandante de la Armada del país del Sur, pues entre ellos había, a más de un vínculo familiar, una gran amistad, una fraternidad de concepciones de lo que debiera ser la sudamericana Nación. Este último, Viel, al enterarse de la muerte de su entrañable amigo Don Miguel Grau y al saber de la postración en que se encontraba sumida la querida y digna esposa, Dolores, por la heroica y trágica muerte de nuestro Gran Almirante, cedió a un deseo personal, el presentimiento de que el final le depararía a su amigo, su colega de armas, tener en las costas chilenas inscrito su nombre, y junto al de él, como si el destino lo hubiese así querido, el de su señora esposa. Y eso fue lo que hizo este oficial de marina chileno, por su concuñado, por la hermana de su esposa, por sus sobrinos, y por la memoria de dos seres humanos que siempre, nos enseñarán que la previsión debe ser una doctrina en nuestras vidas.

